

Su lucha con el enorme Imperio ruso les ha demostrado tal verdad. No es oro todo lo que reluce. No es vigor todo lo que se le asemeja. David derribó a Goliath, si le acierta con la piedra de la honda en mitad de la frente.

Y desde Portugal hasta el Japón, no queda nadie que no se revuelva contra Alemania. Parece que asistimos al espectáculo de una de esas confederaciones de pueblos y reyes contra otros reyes y otros pueblos, que registran los anales clásicos. Tal fué la Liga anfiónica, que formaron, ya antes de la célebre expedición de los Argonautas, los príncipes de Tesalia, para defenderse mutuamente de los Bárbaros. Reuníanse, en otoño y primavera, en las Termópilas, y fueron atrayendo a su Liga a los demás Estados griegos.

* *

Hubo en esta Liga, como ahora en la coalición europea adversa a Alemania, un sentido económico, una intención comercial, que produjo el viaje de los Argonautas, cuyas naves construyó nada menos que la Diosa Minerva. Cuando se lee lo referente a esta expedición, tan antigua y tan moderna a la vez, antigua por su fecha, moderna por sus fines comerciales, se siente un estremecimiento de entusiasmo, como si algo sagrado se revelase. En las naves, de cincuenta pares de remos (cosa por entonces asombrosa, tanto o más que nuestros contemporáneos *dreadnoughts* para nosotros), iban Orfeo, el divino cantor, y el médico Esculapio, hijo de Apolo. Iban también Hércules, y los Dióscuros, Cástor y Pólux, nacidos del Cisne, y Teseo, el gran legislador futuro. Y el jefe de los Argonautas, Jasón, disponíase a raptar a Medea, la maga.

* *

Los griegos, en esta expedición memorable y semifabulosa, aprendieron una alta lección política: la fuerza que presta la unión. No tardaron en aplicarla, marchando juntamente la mayor parte de sus reyes sobre Tebas, para intervenir en la contienda sacrilega de los hermanos enemigos. Destrozados ante los muros de la heroica ciudad los jefes asociados, más tarde sus epígonos, sus hijos, volvieron a coligarse, y, acometiendo a Tebas, la arrasaron y saquearon. No mucho después, fué cuando otra vez Grecia entera se juntó y confederó para una empresa que la alzó en masa contra el Asia: la conquista de Troya, el reino de Príamo.

De este suceso arranca, no solo la verdadera historia de Grecia, que sale de los limbos del mito y de la fábula, sino la civilización del mundo, que se consolida por Grecia, y se difunde por Roma, y evoluciona más adelante por el cristianismo.

* *

Reunía la magnífica Confederación mil ciento ochenta y seis naves, y las tripulaban más de cien mil hombres. Hoy esta cifra hace sonreír. ¿Qué son cien mil hombres, en las actuales circunstancias? Una gota de agua en el océano de ejércitos que parecen soñados en pesadilla de titanes. Pero lo más alto y significativo que se ha hecho en el mundo, se ha hecho con poca gente (en comarcas muy pobladas, eso sí). La idea heroica procede de esos cien mil hombres, que mandados por héroes cuyos nombres jamás olvidarán el arte ni la historia, fueron a luchar por el mundo occidental, y a preparar su dominio sobre el asiático.

Más tarde, amenazada la independencia helénica por las persas, volvieron a fundirse los Estados, olvidando disensiones. A esta concordia debieron la jornada de Maratón, eternamente memorable, que inmortalizó el nombre de Milciades, al cual la ingratitude de la patria hizo expirar entre cadenas. Creyeron los atenienses que la victoria de Maratón les aseguraba la paz y que los persas y medos quedaban aniquilados: pero el genio de Temístocles había adivinado el porvenir.

* *

Jerjes, fuese por consejo de Mardonio o por propia ambición, ansiaba vengar la derrota de Darío y someter la Hélade. Una flota, formidable en aquel tiempo, abordó a las orillas del Helesponto. Y fué entonces cuando el insensato tirano hizo azotar el mar con largos remos, lo marcó con un hierro ardiendo y le cargó de cadenas — que, naturalmente, no sobrenadaron — para castigarle por una tempestad que desbarató parte de su escuadra.

El acto de demencia desprestigió a Jerjes ante

sus tropas, que murmuraban, mientras él, subido a un promontorio, vertía lágrimas, pensando que del inmenso ejército de mar y tierra, que desde allí contemplaba, extendido — dentro de cien años no quedaría ni señal. Y pasado el rato de melancólica reflexión, el soberano decidió el ataque, y los griegos, confederándose, se prepararon. Los compañeros de Leónidas, hecho su combate funerario, al cual asistieron sus madres y esposas, corrieron a apostarse en el desfiladero de las Termópilas, por el cual tenían que pasar los persas. Nunca lograron pasarlo, porque no se lo consentían el valor y la furia de los defensores, sin la traición de cierto Epialtes, que les enseñó el sendero por donde se podía dar la vuelta a las posiciones de los griegos.

Nadie ignora cómo los persas hubieron de retirarse, por último, vergonzosamente derrotados. Lo ha cantado Leopardi en versos sublimes. Era el sentimiento de la patria común, era la idea de la entidad de la raza, lo que hacía fuertes a los helenos. Platea aseguró su triunfo. Otra confederación pudo costar a Atenas la hegemonía; y la Macedonia se fundó en un acuerdo del Anfictión. Es siempre la idea federativa la que salva a Grecia, la que la guía a destinos espléndidos. Al unirse, adquieren ese sello de grandeza que han conservado, y no ha conseguido emular ninguna nación moderna, excepto España en sus épocas de soberanía; pero España estaba sola, lo hacía todo sola, y fué la causa de su pérdida.

Grecia también empezó a decaer, desde la muerte de Alejandro, que rompió los lazos de la Confederación y trajo la discordia, al querer todos sus capitanes alzarse con coronas y cetros.

* *

Me he perdido en estas sacras memorias, tan emocionantes para quien las sepa evocar, quizás porque la guerra contemporánea, todo lo colosal que se quiera, no es, merced a lo confuso e inseguro de las noticias, más que un caos, en el cual sólo se percibe un remolino de confusas sombras.

A la hora en que esto escribo, nadie sabe nada, y hay, entre la historia de Grecia y el conflicto europeo, la diferencia que va de un camaleón de alto relieve y maravillosa escultura, y un borroso cliché de periódico. La historia no se conoce, no se sabe, hasta años después de sucedida. Por eso la guerra, que trastorna a la mayor parte de las naciones civilizadas, me produce, en el presente momento, una sensación de fastidio.

Las contradictorias noticias, unas de origen francés, otras de origen alemán, que aquí conocemos, son para volver loco al más cuerdo, para desorientar al mejor informado. De aquí las hipótesis, las dudas, las novelas, a capricho, fantásticas, fundadas. En vano se fatiga el pensamiento queriendo seguir en su marcha a estos ejércitos que se acumulan en la frontera.

* *

Aumenta el desconcierto el que los sucesos han ido al revés de lo que cualquiera, ocho días antes de estallar la lucha, se hubiese podido imaginar. Italia desorienta, Francia desorienta. Italia, según las más positivas probabilidades, había de marchar con Alemania, y salimos con que, si no marcha en contra, por lo menos conserva amenazadora neutralidad. Y Alemania se ha quedado como nosotros *in illo tempore*; sola, en pugna con Europa casi entera. Hasta no parece que Turquía se arranque a ningún paso decisivo.

Lo positivo es que todas las afirmaciones referentes a la superioridad militar de Alemania, a la imposibilidad en que se veía Francia de resistir, a la desorganización de los ejércitos franceses, se encuentran algo desmentidas. Un país nada predispuesto a aventuras belicosas, Bélgica, es obstáculo invencible, o siquiera temible, al rodar del alud de combatientes que iba a caer sobre Francia, impetuoso y fatal. He aquí las grandes sorpresas de la historia. ¡Con esto no contábamos! Sólo que, en realidad, esto es el prólogo. Veremos la epopeya y su epílogo.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Por primera vez, desde hace tantos años, puede decir España que se encuentra en situación privilegiada respecto a las demás naciones de Europa. La guerra no ensangrienta sus campos; la invasión no los pisotea; su dinero sigue valiendo lo mismo que valía, y más, con relación con el de otros países; su crédito no ha sufrido; y en su seno buscan refugio y seguridad, no sólo sus hijos, sino numerosos extranjeros que huyen de la catástrofe. El único temor es que no dure tanto bien. Apenas osamos creerlo.

Al generalizarse el incendio, una chispa puede prender en nosotros. Y, además, y para aguaros la fiesta, hay quien dice (empezando por Lerroux) que nos será funesta la neutralidad.

Entretanto, lo repito, una sensación de bienestar y de tranquilidad predomina, no sólo en las conversaciones particulares, sino en el tono de los artículos de la prensa. Vemos (o creemos ver) los toros desde la barrera, sin peligro alguno de cogida.

* *

Y con todo eso, la normalidad de la vida se ha suspendido.

Una paralización de las iniciativas acompaña — y no podía menos — a esta situación que todos declaran nunca vista. La menor cosa parece amenaza, complicación, tristeza, riesgo. Algunas familias viven llenas de congoja, por la imposibilidad de remitir fondos al ser querido que se encuentra en el teatro de la guerra sin poder salir de él. Digo el teatro y debiera decir los teatros, porque esta guerra tiene varios, y está llamada, según parece, a tener muchos más, tal son de numerosas las naciones que quieren entrar en danza, quizás con el pío de lucir los barquitos del último modelo y los cañoncitos de nueva invención.

* *

Claro es que, en primer término, no podían faltar los japoneses. Estos han podido persuadirse de dos cosas: que la guerra forma las nacionalidades y engrandece a los pueblos; y que, a pesar de las apariencias, no es el número ni aun la sólida estructura militar lo que da la victoria.

Y la j
cronista
variedad
varia. I
columna
confuso
ella gira
desde s
triunfo
de gente
Suiza y
Diccion
Geograf
facer co
curiosid
se ha e
triacos,
reales y
baten co
y la gra
sólo poi
ser cuar
a rompe
Y así
pegue, s
tículo, c
viendo
sino que
mentos,
de vuelt
sombra

Saber
decir all
es ciert
carrera
quisiera
salir de
táctofes
Porqu
las que
mible p
niestra
sienten
giente. F
si bien
heridos
compar
fundam
los heri
de carn
de de
fección;
tarda...

Todo
sé si m
ver, sino
fantásti
terística